

# La única puerta

NOVELA HISTÓRICA



*Edilesa*/NARRATIVA

Ara Antón

Dirección editorial:  
Vicente Pastor

Dirección de arte:  
Vicente Pastor y Joaquín Alegre

AraAntón

© Edilesa, 2000

Camino Cuesta Luzar, s/ n - 24010 Trobajo del Camino. León (España)  
Teléfono: 987 800 905 - Fax 987 840 028

I.S.B.N.: 84-8012-288-9  
Depósito Legal: LE-954-2000  
Preimpresión.- LetterMAC  
Impreso en España

Quedan reservados todos los derechos;  
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del titular del copyright.

Baltario y sus monjes acaban de irse. Van al monasterio a entregar los trabajos del invierno. No están buenos aún los caminos. Se precipitan torrenceras al valle, arrastrando los fangos para limpiar la montaña. Han sido unos meses muy duros. La nieve casi cubrió la entrada de la cueva que nos cobijaba. Ellos la habían cerrado con troncos y ramas secas pero, aun así, cuando el manto blanco nos cercó, hubimos de espantar los lobos a golpes, pues no cesaban de asomar el hocico por entre los escasos huecos que los hombres habían dejado al acabárseles los materiales recogidos durante el verano. No pasamos frío ni hambre, aunque, en las últimas semanas antes del deshielo, empezamos a temer que, si el buen tiempo se demoraba, quizá andaríamos faltos, no tanto de alimentos, pues el monasterio había abastecido con largueza a sus hermanos, como de leña, la cual, a pesar de cuidarla como a hijo de rey, disminuía rápidamente haciéndonos temer lo peor. Pero los rezos de los monjes, mis deseos enviados al fuego, o el simple devenir normal del tiempo, nos trajeron la primavera y con ella, el correr de las aguas monte abajo, deshaciendo la espesa capa que iguala las tierras, como la muerte a los hombres.

-Auria -dijo mi amigo, mirando hacia el rincón junto al fuego, que era mi favorito-. Hemos de acercarnos al monas-

terio o los hermanos temerán por nosotros.

“¡Qué ingenuo Baltario! Nadie va a preocuparse por ti ni por tus legos... Sobra carne de celda que haga los trabajos. Si tú desapareces, cualquiera de los muchos a los que has formado y que ya copian en el scriptorium podrán sustituirte. Y con tu muerte se olvidarán asuntos desagradables...”

Por unos segundos vi a Baltario de niño, cuando llegó a nuestra cabaña con Severo, el monje que también tuvo que irse del monasterio porque estorbaba. No era el pequeño más que un montón de huesos, vestido con una especie de hábito corto que dejaba al descubierto sus rodillas, prestas a romperse, creía yo, al mínimo descuido. Parecía asustado. El abad lo había hecho pasar por experiencias que no entendió y que deseaba olvidar, como si nunca hubieran ocurrido. Lo consiguió enseguida y estoy segura de que hoy, sólo yo y algunos de los monjes más viejos del cenobio, de oídas, saben de sus llantos y angustias de niño. Se lo endilgaron a Severo, quien lo llevó a su cueva, le enseñó el oficio y, con amor de padre, consiguió que aquellas horribles pruebas pasaran a un rincón oscuro de la mente, donde apenas lo atormentaban algunas noches, en forma de sueños. Sacudí la testa espantando fantasmas, cosa que no debería haber hecho con tanta alegría, pues las vértebras del cuello crujieron peligrosamente, dejándome por unos días una terrible tortícolis, la cual me obligó a añadir a mi ya gentil figura, una posición de cabeza revirada que me hacía parecer un duende de los que abundan en los montes de Luna.

-Sí, amigos -dije en voz alta-. Es hora de abandonar la madriguera. Cuando estéis preparados partiremos. Yo quedaré en mi cabaña, si es que el invierno no la ha derribado, y vosotros seguiréis camino. Estará satisfecho el nuevo abad -continué con verdadero orgullo-. Los per-

gaminos que le lleváis le harán presumir de biblioteca ante cualquier magnate, obispo o monasterio -habían copiado, adornándolos con maravillosas miniaturas, un códice llamado Explanatio in Apocalipsin, escritos de Catón, el Liber Homiliarum, las Sátiras de Juvenal y algunos poemas de Prudencio y Draconio.

Baltario bajó la cabeza y sonrió con su boca sin dientes, al tiempo que palmeaba las espaldas de los dos muchachos a los que enseñaba el oficio.

-Ellos lo han hecho -aseguró-. Sin sus ojos y pulso, ninguno de esos manuscritos habría visto la luz.

-Eso es cierto -admití, adelantándome a las protestas de los jóvenes-, pero ellos y yo sabemos que son tus ideas y técnicas las que reproducen.

Asintieron los chicos, convencidos de la veracidad de mis palabras y miraron con admiración a su maestro, el cual siguió, quitando importancia a lo dicho.

-Vamos a enfardar con cuidado los códices. Envolvedlos en pieles y atadlos con sogas de juncos que son las más resistentes.

Los dos muchachos se pusieron al trabajo, tratando delicadamente los frágiles pergaminos. Baltario y yo los contemplábamos atontados, viendo moverse sus diligentes manos con seguridad y precisión. Casi a la vez, como empujados por idéntica orden, miramos las nuestras, arrugadas, huesudas, temblonas... Y el antiguo entendimiento de los años infantiles se restableció y nos hizo reír con sonido de hojarasca en otoño... Recordamos ambos las lecciones de Severo, en la puerta de la cabaña cuando hacía buen tiempo, o pegados al fuego circular cuando el frío nos impedía la intemperie. Aprendimos juntos muchas cosas; otras, como por ejemplo su delicada escritura y dibujos, fueron sólo para él. Y para mí, los conocimientos ancestrales de las mu-

jeros de mi familia, que a veces nos permitían dominar los elementos y otras no nos servían de nada y debíamos dejarlos escapar, burlándose de nuestros ritos e imprecaciones, ignorándonos por completo y haciendo caso omiso de los deseos u órdenes que queríamos transmitirles.

-¿Vendrás con nosotros al monasterio? -interrogó, suplicando casi, mi amigo-. Allí te atenderán. Necesitas unos días de verdadero descanso y buena alimentación. Llevamos semanas comiendo sólo ajos, cebollas y leche; bueno, algún que otro huevo...

-¿Y me aseguras que rejuveneceré? -bromeé riendo de nuevo.

-No creo que eso sea posible -dudó Baltario cabeceando y plegando los labios por seguir el chascarrillo-, pero nunca se sabe. La primavera pasada llegó un judío de Córdoba, del cual me han dicho que hace casi milagros. Es un buen médico, así que tal vez pueda quitarte las canas y el bailoteo de la barbilla.

-En ese caso, a lo mejor es capaz de hacer lo mismo con las pieles de tu papada, los agujeros de tu boca, los chasquidos de tus huesos, los juanetes de tus pies...

-Vale, vale -cortó el monje, moviendo los brazos en aspa ante su cara, como para defenderse de mis envites-. Lo reconozco. Estoy mucho más viejo que tú. No obstante -insistió- lo de descansar lo digo muy en serio. En tu cabaña hay pocas comodidades y...

-Ya, y una vieja como yo necesita un buen jergón, un cuenco de leche y un fuego permanente. No te preocupes, allí vivió mi abuela y antes que ella muchas otras mujeres de quienes tengo ya perdida la memoria. Seré capaz de procurarme todo lo necesario. Ve tranquilo y cumple tus obligaciones. Prometo no morirme, al menos hasta que regreses. Además, tengo un trabajo que terminar y como me

llevará bastante tiempo... Je, je, je... Sabes que siempre he sido muy responsable... Je, je, je.

-Sí. Y una necia -cabeceó el hombre resignado-. Es imposible que cambies ahora. Aún no he conseguido explicarme cómo aceptaste pasar el invierno con nosotros.

-Pues porque el otoño se parece mucho a la vejez y el invierno demasiado a la muerte. Pero ahora es primavera amigo y, a pesar de que debo andar por los noventa o más años, cuando siento los cálidos rayos del sol creo renacer. Es una extraña sensación de haber vivido y poder vivir eternamente. Como si el aniquilamiento no estuviera hecho para mí... Figúrate, yo, que he visto desaparecer a tantas gentes, aún dudo que el precepto sea ecuménico e inalterable. -callé, abrumada por el misterio-. He de mostrarte algo -seguí cambiando de tono-, pero antes voy a darle fin.

Baltario me miró interrogante.

-No seas curioso. Todo a su tiempo. Y ¡venga! Ata la cabra y las patas de las gallinas y los conejos, o se nos hará de noche y no habremos conseguido salir de aquí.

Anduvimos despacio, transportando fardos, evitando los regatos que a cada paso atravesaban las trochas, buscando el río, que rugía a nuestros pies, allá abajo, entre las piedras del desfiladero, con un bramido grueso y amenazante que encogía las carnes y que nada tenía que ver con la musicalidad de sus alegres cantos de verano. En más de una ocasión, los pacientes muchachos dejaron su carga en el suelo para tomar a los dos viejos sobre sus espaldas, ante nuestra inutilidad e impotencia. Cerca del mediodía llegamos a la casi oculta meseta, en la cual, seguramente desde hacía siglos, estaba enclavada la construcción circular de piedra, uno de cuyos lados, pegado a la roca, ocultaba la cueva, que sólo yo conocía en aquel momento y

que guardaba los saberes de generaciones. Baltario decidió quedarse hasta el día siguiente, para paliar en lo posible los estragos que el invierno hubiera podido hacer en la techumbre de barro y pajas.

Todos trabajamos hasta la noche. Unos más que otros, esa es la verdad. En realidad, nuestra tarea fue dirigir a los chicos, asunto por otra parte bastante innecesario, puesto que cuando nuestros ojos cegatos alcanzaban alguna avería, ya había alguno de ellos reparándola. Yo hice que limpiaba el interior, barriendo el suelo con un escobón reseco que, a más de hacerme doblar las ancas, con gran peligro para mi precario equilibrio, arañaba la tierra levantando más polvo del que arrastraba. Me prometí fabricar otra escoba en cuanto pudiera acercarme al río para coger juncos verdes. Baltario encerró los animales en su pequeño espacio, a la izquierda del fuego, enderezando unas tablas que se habían torcido, y colocó los víveres que nos habían sobrado del invierno y que iban a dejarme al completo, en anaquelles en los que se mantendrían frescos y secos hasta su regreso del monasterio con nuevos suministros y semillas para aprovechar los escasos días de sol y sembrar la huerta. Comprobamos también la provisión de hierba seca, paja y leña y, una vez satisfechos con el avituallamiento y arreglos para las próximas semanas, nos comimos, para variar, una sopa de ajos, cebollas y sebo, bastante rancio ya, que nos confortó los estómagos, aunque, sobre todo a los jóvenes, los dejó con más apetito del que tenían al empezar. Así que, aun contraviniendo las órdenes de Baltario, quien no quería dejarme sin queso, corté unas buenas tajadas, que les hice trasegar con vino rasposo y un poco ácido, el cual reanimó sus maltrechos lomos por completo.

El sol desapareció tras las montañas y, después de renovar la paja del jergón, que imaginamos más llena de lo

normal de chinches, pulgas, piojos y demás inquilinos habituales, nos acostamos un poco amontonados, pues, aunque el viejo y yo ocupábamos poco espacio y las carnes de los jóvenes eran más bien magras, sus huesos aún estaban fuertes y demasiado grandes para un lecho tan pequeño.

No dormí mucho. No por la incomodidad de la estrechez, no, simplemente por mi mucha edad, que se niega a morir aunque sea sólo en sueños. Permanecí no obstante inmóvil -sacrificio que hizo resentir mis articulaciones por la mañana- por no interrumpir los alegres ronquidos de los muchachos y el seco y profundo de Baltario que, de vez en cuando, silbaba como si llamara a un galgo que buscara conejos.

Se fueron al fin, después de un desayuno de harina tostada hervida con leche de la cabra. Me he prometido cocer pan, pero antes tengo que buscar mis viejos pergaminos. No supuse que los echara tanto de menos. Es cierto que el invierno ha sido largo y duro, pero estoy segura de que si los hubiera tenido, no me habría parecido tanto.

Palpé las maderas que en la pared del fondo cubrían la entrada de la gruta, sin dejar de mirar a mi espalda, miedosa de que el monje o alguno de los suyos regresaran y supieran de aquel lugar que albergaba conocimientos y misterios, los cuales mi abuela y las mujeres que la habían precedido guardaron de la curiosidad, de la ignorancia y de los malos quererres de los mismos que, en casos extremos, acudían a ellas en busca de solución a un problema o por la cura de alguna enfermedad. Un discreto y humilde muro. Sus troncos sustentaban las trébedes, la hoz, la azada, cuchillos, tenazas, azuelas, y hasta la reja de un arado, el cual no sé qué demonios hacía allí, pues nuestra huerta era tan pequeña que no tenía espacio suficiente para emplearlo. Para roturar la tierra nos bastaba la azada,

con la que trazábamos unos exiguos surcos, en los que sembrábamos nabos, cebollas, ajos y algunas veces coles. Cuidábamos también unos pocos árboles, un manzano, un nogal y una higuera, pegada a la pared de la casa, que compartía el espacio con una parra de uvas negras y dulzonas, las cuales, muchos años, no llegaban a madurar porque el frío se adelantaba, dejándolas a medio hacer. Las dos, frioleras como yo, extendían sus ramas hacia el sur, pugnando por la calidez que las hacía revivir. Nadie habría sospechado que tras aquella pared de madera la gran cueva guardaba, desde tiempos que ignoro, secretos que no sé si deseo conocer. Mis manos, más sabias que mi memoria, alcanzaron el clavo, y la puerta, con un triste chirrido, cedió a la presión.

El lugar estaba fresco, lleno de olores extraños. Pero, curiosamente, si dejaba que mi mente tratara de analizarlos, se hacían familiares y casi tangibles. Sin ninguna justificación, me sorprendió hallar el mismo desorden que yo había causado el verano anterior, cuando, recién llegada de la corte, busqué el escrito en que mi abuela explicaba mi origen y el destino de aquella hija que tuve, la cual creí muerta al nacer y que la vieja entregó para ser la heredera del castillo de más allá del sabinar... Allí estaba la historia de mi madre, fallecida al traerme al mundo, porque no quiso vivir sin amor. Por aquellos renglones andaba también el caballero que fue mi padre y quien, al no tener descendencia, de acuerdo con mi abuela, consiguió de mí un embarazo que le dio la continuación de su casa... No quiero pensar en eso. Me es tan ajeno e incomprensible que no parece mi vida. Lo que realmente fue mi tiempo es lo que ahora tengo entre las manos. Estos renglones que cuentan cómo unas mujeres, de más valor que muchos hombres, se resignaron a vivir tras el velo, gobernando, con mano de

hierro, un hogar, un predio, un reino...

En esta ocasión no necesité revolver entre los pergaminos como la primera vez que penetré en este recinto, casi sagrado, para buscar noticias sobre mi existencia. Ahora sabía perfectamente dónde los había dejado y, extrañamente, me acordaba incluso del punto en que había interrumpido la narración. Los tomé despacio, con amor infinito, como si estuviera colocando sus vestidos o peinando sus cabellos. Urraca, mi niña, mi princesa, mi reina...

No me detuve en los otros manuscritos. ¿Para qué? Sabía lo que contenían o creía imaginarlo. Falsos consuelos ante lo inevitable... Salí a la cabaña e hice encajar los maderos, que de nuevo parecieron sólo eso: una pared forrada de troncos, para colgar en ella aperos de labranza. Avivé el fuego central, el cual llenó de cálidos aromas el recinto, en tanto dejaba escapar los humos por entre las pajas del techo, y me senté, con una tabla sobre las temblonas rodillas, olvidando la promesa de cocer pan. El pergamino limpio me miraba interrogante. Enseguida empecé a ver en él las imágenes que, ahora estaba casi segura, quería dejar escritas para que nadie olvidara o tergiversara los hechos que yo había vivido de cerca y que Urraca no deseaba que se perdieran.

Al surgir este pensamiento con tal claridad, me quedé sorprendida. Nunca, hasta este instante, había sido capaz de concretarlo. Hubo momentos en que llegué a dudar de estar haciendo lo correcto. No era capaz de saber qué hubiera pensado ella... Miré el fuego. El rostro sonriente de la infanta, joven y bella, sin los dolores de los años, me miraba desde las llamas.



Urraca, hermosa y triunfante, de la mano de Alfonso, sube la escalera de la fortificación zamorana, después de soportar durante horas a los cerriles señores de Galicia y a los callados pero tercos castellanos. Pero aun así, mientras ascienden buscando el descanso en las cámaras que ella ha hecho aviar para la ocasión, su voz acariciadora y llena de promesas recuerda al hermano que “deberías anular el portazgo de Valcárcel, entre el Bierzo y Galicia. Eso facilitaría el paso de los peregrinos y creo que ese asunto es algo muy importante que habremos de tratar sin demasiada dilación”. Alfonso, agotado por las últimas emociones, la mira con admiración y asiente, tomándola por la cintura y cerrando la puerta de la estancia a sus espaldas.

Me quedé allí, junto a la entrada, cabeceando de vez en cuando, durmiendo sólo a medias. Espiando por entre las pestañas incluso a los hombres de la escolta, leoneses que se habían ofrecido a dar la vida por la pareja, asegurándome que podía retirarme a descansar. “A mi señora la guardo yo”, declaré muy digna, colocando la mano sobre el pequeño puñal que colgaba de mi cintura. Ellos sonrieron con sorna. Seguramente pensaron que poco podía hacer una mujer de más de cincuenta años con una daga si hubiera que luchar... No me entendieron.

Durante unas semanas, el rey y Urraca permanecieron en Zamora. Desaparecían en cuanto podían de entre las gentes, pero no por eso dejaron de la mano los asuntos de estado, que no estaban estabilizados aún, a pesar de que todos los señores habían jurado fidelidad a Alfonso. Mas había algunos descontentos, que la pareja trataba de paliar en lo posible con prebendas o promesas de cargos o posesiones futuras. El más levantisco era Rodrigo, el ambicioso castellano que tuvo todo el poder y que ahora era uno más en la corte. Sus deseos de conseguir que los secos parajes de sus antepasados superaran el brillo de León habían estado a su alcance. Es más, su puño de hierro se había cerrado ya sobre las riberas del Bernesga y del Torío, para convertirlas en poco más que un feudo de Castilla. La muerte de Sancho terminó con sus pretensiones y su tierra y sus gentes tornaron a depender de la ciudad que odiaba, por guardar entre sus torres la historia de los godos.

Andaba el guerrero mohíno, evitando la entrevista directa con el rey y sobre todo con Urraca, pues sabía que ella era capaz de leer en sus ojos como en un libro abierto. Además, no se sentía capaz de negar nada a aquella mujer que había sido la causa de su caída. La odiaba, o creía odiarla y, en la distancia, intentaba por todos los medios atizar ese odio, para poder sustraerse al dominio que siempre había ejercido sobre él. La pareja real tuvo la suerte de contar con el buen sentido del resto de los caballeros de Castilla quienes, con menos pretensiones o mayor sentido común que el de Vivar, se opusieron a sus iniciales pretensiones de negar el juramento al rey. Pero aun así, la princesa conocía los pensamientos del antiguo alférez y discurría la forma de contentarlo en lo posible, satisfaciendo sus ambiciones y dando salida a su genio militar para provecho de todos.

-No me gusta la actitud de Rodrigo -comentó una noche Alfonso, mientras jugueteaba con los cabellos de la infanta, sentada en un escabel, a sus pies. Urraca levantó sus ojos hacia mí, que le acercaba en ese momento unas tortas de miel. Ambas habíamos hablado del tema en más de una ocasión.

-Señor, sólo tú eres capaz de hacer que cambie -comentó la princesa, sin dejar de mirarme con una media sonrisa en los labios-. Sabes de sobra lo que le ocurre. Habla con él y prométele grandes logros.

-¿Grandes logros? -se hizo eco el rey de las palabras de su hermana, enarcando las cejas, con un tono de fastidio en la voz-. Tú y yo sabemos lo que quiere y eso no es posible. ¿En qué cabeza le cabe a él, que deje de lado a los caballeros que siempre me han sido fieles, para ensalzar a un castellano, que lo único que ha buscado ha sido mi perdición?

-¿Deseáis más dulces, señor? -interrogué, al verle tomar un bocado de entre los dedos de Urraca.

-No -cabeceó, tragando.

Me aparté a un rincón de la estancia esperando órdenes, sin perder de vista a la pareja, ya que sólo yo era aceptada en las veladas que pasaban en solitario, y no quería que echaran de menos nada de lo que pudieran necesitar.

-Creo, Alfonso, que lo primero será contentar al resto de señores de Castilla. Si todos te aman, a Rodrigo no le quedará más remedio que ceder -apuntó la infanta, por tranquilizar al rey, pero no demasiado convencida. Entendía bien al vasallo de Sancho. Sabía de su gran atractivo, de su poder de convocatoria, de su valor y de sus conocimientos de guerra, que le hacían uno de los mejores capitanes del momento.

-Sí -aceptó el monarca-. Antes de ir a León, iremos a Burgos. Espero que comprendan entonces que no deseo

convertir Castilla en un feudo, sino en parte del reino, con iguales derechos y deberes que las tierras que me dejó mi padre.

Al día siguiente partíamos hacia el este. Hacía un frío de todos los demonios. El viento cortaba la cara y se introducía por entre las pieles haciéndonos tiritar. Para mayor inconveniente, al atardecer, una densa lluvia, como de finos cristales, cayó de forma persistente hasta la noche, en que nos refugiamos en un viejo caserón. Constaba de una cocina, cuyos humos ascendían buscando salida por entre las pajas del techo y una celda con dos lechos de tablas ensambladas, encima de las cuales había heno extendido, cubierto por un paño, que dejaba escapar por los múltiples agujeros que lo adornaban puñados de relleno, que caían constantemente al suelo mezclándose con los deshechos que pisábamos. Aprovechamos también la pequeña habitación exterior, pegada a la cocina, donde había un horno y unos cuantos sacos de trigo y centeno -pues, por lo visto, nuestro anfitrión era el panadero del contorno-, la cochiguera, que ahora estaba vacía, y la cuadra, donde se amontonaban las aves, los conejos y el pollino, el cual, una vez al mes, cargaba las hogazas, para repartirlas por los pueblos limítrofes e incluso por lugares más lejanos, si los villanos del entorno no daban fin a la mercancía. Compartimos fuego y techumbre con los animales del granjero, quien trastabillaba constantemente, no sé si por miedo o de dolor al ver desaparecer sus gallinas por el gazzate de los señores que nos acompañaban. Aunque en su honor debo decir que no escondió nada de lo que poseía, quizá por la sorpresa de nuestra llegada, que la lluvia le impidió prever, y que tanto su mujer como sus hijas se afanaron con los guisos y hasta sonreían de vez en cuando al servir las tajadas humeantes, que desaparecían, apenas abandonadas en manos de sus

visitantes. No obstante, al amanecer siguiente, antes de ponernos en marcha, Alfonso, aun conociendo su derecho de asilo con las gentes que le pertenecían, arrojó una buena bolsa al villano, quien se trabucó aún más al querer dar las gracias. El rey sabe que la mayoría de sus súbditos son hombres libres, que poseen pequeños pedazos de tierra, o que laboran las de sus señores a cambio de un pago y como tal quiere que sigan sintiéndose. El resto de los magnates y siervos que, por falta material de lugares techados, hubo de pasar la noche al raso, tosían y moqueaban sin parar, haciendo que Urraca los mirara con aprensión, pues de ninguna manera deseaba motivos de descontento que pudieran hacer saltar la chispa que rondaba sin cesar pajas resecas.

El día seis de diciembre entramos en el monasterio de Cardaña. No fue jubilosa la acogida de los monjes, pero no faltó el respeto, por lo que el rey hizo la vista gorda y hasta abrazó al abad afectuosamente; hecho éste que, desde aquel momento, lo convirtió en su más fiel vasallo, no tanto por el amor demostrado, sino por las prebendas que Urraca se apresuró a susurrar en su oído, a la misma puerta del cenobio.

...